

**ACTAS DEL XIII  
CONGRESO INTERNACIONAL  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE  
LITERATURA MEDIEVAL**

(Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009)

**IN MEMORIAM  
ALAN DEYERMOND**

**I**

Editadas por  
José Manuel Fradejas Rueda  
Déborah Dietrick Smithbauer  
Demetrio Martín Sanz  
M<sup>a</sup> Jesús Díez Garretas



VALLADOLID  
2010

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2010

© Los autores, 2010

*Reservados los todos derechos. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, salvo para citas, sin permiso escrito de los propietarios del copyright*

Publicado por el Ayuntamiento de Valladolid y la Universidad de Valladolid

Ni el Ayuntamiento de Valladolid, ni la Universidad de Valladolid (UVa) ni la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM) ni los editores son responsables de la permanencia, pertinencia o precisión de las URL externas o de terceras personas que se mencionan en esta publicación, ni garantizan que el contenido de tales sitios web es, o será, preciso o pertinente.

Edición realizada dentro del proyecto de investigación VA46A09 financiado por la Junta de Castilla y León.

Ilustración de la cubierta de María Varela

ISBN 978-84-693-8468-8

D.L. VA 951-2010

Impreso en España por  
Valladolid Artes Gráficas

## EL LÉXICO DE LA SABIDURÍA EN EL *BARLAAM Y JOSAFAT*

CONSTANCE CARTA  
*Université de Genève, Suiza*

La segunda mitad del siglo XIII castellano está marcada por el reinado de Alfonso X (1221 / 1252-1284), que es conocido como el rey Sabio. Este apelativo del rey castellano expresa con claridad un sistema de valores ante el que debieron de ser especialmente sensibles sus contemporáneos, si es que realmente fueron los historiadores medievales los que le dieron el epíteto. El caso del rey castellano, por más conocido que sea, no deja de ser anecdótico: hay sin duda muchos ‘hombres sabios’ en la Edad Media, aunque no siempre resulta claro qué características tienen en el siglo XIII.

En el paso de la Antigüedad a la Edad Media aparecieron un conjunto de palabras vinculadas con la actividad intelectual y la sabiduría, palabras que tuvieron un significado a veces bastante alejado del que tienen ahora. Creemos que es importante saber cuándo, dónde y cómo una palabra en concreto ha sido introducida en la lengua, y cuándo, dónde y cómo se ha manifestado tal desarrollo semántico.

El *Barlaam y Josaphat* “forma parte de la copiosa herencia que la novelística oriental transmitió a la literatura europea”<sup>1</sup>. Se trata de una obra de carácter sapiencial que narra la conversión al cristianismo del infante Josaphat, quien hizo suyas las enseñanzas del ermitaño Barlaam. Como es bien sabido, es adaptación de la leyenda de Siddharta Gautama – Buda –, que tuvo en Occidente una rica descendencia literaria, que no hubiera sido posible sin la (falsa) atribución a Juan Damasceno de una versión griega del siglo VIII: se conservan no menos de ciento cincuenta reelaboraciones diferentes de la leyenda, escritas en los más variados idiomas occidentales y orientales. Los tres manuscritos medievales castellanos que nos la transmiten, conocidos con el

---

<sup>1</sup> John E. Keller y Robert W. Linker (ed.), *Barlaam e Josafat*, Madrid: CSIC, 1979 (pág. XI). Todas las citas del *Barlaam* remitirán a esta misma edición.

título *Libro de Barlaam y Josaphat*, derivan de textos latinos y no del árabe que también debía circular por la Península Ibérica en la misma época y son copias del siglo XV de originales que “podrían ser de mediados del siglo XIII, aunque carecemos de datos concretos”<sup>2</sup>. Para nuestro análisis utilizaremos el texto del manuscrito P, porque se trata de la versión más amplia y, además, porque tiene “cierto mérito literario” en comparación con las dos restantes<sup>3</sup>.

Nos acercaremos al texto del *Barlaam y Josafat*, como primera muestra de un corpus más amplio que será objeto de trabajos futuros, hasta completar el panorama del vocabulario de la actividad intelectual en los textos castellanos del siglo XIII, y extraer del vocabulario que se contiene en el *Barlaam* todos los matices posibles, las acepciones de los términos y las implicaciones ideológicas que se desprenden de los mismos, para intentar averiguar de este modo qué características tiene el hombre sabio, cómo llega al conocimiento, cómo transmite ese conocimiento y cómo se organiza la actividad intelectual en la época en que fue traducido del latín al castellano el *Barlaam y Josafat*. Naturalmente, tenemos en cuenta la aportación del traductor frente a las ideas que contiene el texto latino.

Tres palabras han sido objeto de nuestra investigación: *clérigo, filósofo y sabio*<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> María Jesús Lacarra, “Barlaam e Josafat”, en *Diccionario filológico de literatura medieval española. Textos y transmisión*, Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías (coords.), Madrid: Castalia, 2002, págs. 205-207.

<sup>3</sup> *Ibid.*

Manuscrito P: *El Libro de Berlan y del rrey Josapha de India*. Antiguamente ms. 2 G 5 de la Biblioteca de Palacio; actualmente en la Biblioteca Universitaria de Salamanca. Forma parte de un códice misceláneo rotulado *Leyes de Palencia*. Otro es el manuscrito llamado G, posterior a P, *El libro del bien aventurado Barlaam e del infante Josafa, fijo del rrey Avenir*; perteneció a Gayangos y se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de España (BNM 18017). El tercero es el manuscrito S, actualmente ms. 1829 de la Biblioteca Universitaria de Estrasburgo (*La estoria del rrey Anemur e del Josaphat e de Barlaam*, folios 132-185, traducción del libro XV del *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais).

<sup>4</sup> Para llevar a cabo este análisis, he consultado los diccionarios siguientes:

– Alonso, Martín, *Diccionario medieval español: desde las glosas emilianenses y silenses (s. X) hasta el siglo XV*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1986, 2 tomos.

– Bosco, Umberto, *Enciclopedia dantesca*, Roma: Istituto della Enciclopedia italiana, 1970-1978, 6 vols.

– Corominas, Joan & José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid: Gredos, 2001, 5.<sup>a</sup> reimpr. (1980), 6 tomos.

– Cortelazzo, Manlio & Paolo Zolli, *Il nuovo etimologico: dizionario etimologico della lingua italiana*, 2a ed. in vol. unico, con CD-Rom e motore di ricerca a tutto testo, Roma: Zanichelli, 1999 (1079-1988).

En la antigua Grecia, no se encuentra una distinción entre *ciencia* y *filosofía*. De forma general, no existía en la Antigüedad clásica ningún término para definir al hombre de gran conocimiento y que correspondiera exactamente con el término actual de *sabio*.

Virgilio es *poeta*, intermediario de los dioses. En francés, por ejemplo, esta palabra aparece hacia 1150 aplicada especialmente al que compone versos, obras en prosa, discursos y música<sup>5</sup>; a finales del siglo XIII, en Brunetto Latini, designa a los autores antiguos. Quien, por primera vez, utiliza esta palabra para hablar de un contemporáneo, fue Eustache Deschamps, cien años más tarde, a propósito de Guillaume de Machaut<sup>6</sup>. PHILOSOPHUS es Aristóteles, como todos los que se dedican al pensamiento o a la reflexión. Otro término, ERUDITUS o ERUDITOR, casi desapareció por completo en la Edad Media; lo retomaron los humanistas del Renacimiento. Para Catón el Viejo, citado por Quintiliano en su *Institutio oratoria* (Libro X.1.1.), nuestro *sabio* sería el “vir bonus, dicendi peritus”<sup>7</sup>, es decir, el ‘hombre bueno y honesto, hábil para comunicar, experto en el decir’. En esta expresión se unen la virtud (BONUS) y la pericia técnica que supone el arte oratoria (PERITUS), o sea la doble autoridad del talento y de la virtud.

El que en la Antigüedad la terminología vinculada con la sabiduría sea vaga o escasa se explica, en parte, por el hecho de que para los romanos, el saber en sí mismo no tenía sentido; debía tener un carácter práctico, porque el conocimiento sin aplicación utilitaria no era más que un ejercicio estéril e irrelevante.

---

– Kasten, Lloyd A. & Florian J. Cody, *Tentative Dictionary of Medieval Spanish* (second ed., greatly expanded), New York: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2001.

– Niermeyer, Jan Frederik & C. van de Kieft, *Lexique latin médiéval. Mediae latinitatis lexicon minus*, éd. remaniée par J. W. J. Burgers, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2002, 2 vols.

– Rey, Alain (dir.), *Dictionnaire historique de la langue française*, Paris: Dictionnaires Le Robert, 1998, 3 tomos.

– Van Scoy, Herbert Allen, *A Dictionary of Old Spanish Terms Defined in the Works of Alfonso X* (edited by Ivy A. Corfis), Madison, 1986.

– *Trésor de la langue française informatisé* (TLF), <http://atilf.atilf.fr/tlf.htm> (X/2009).

<sup>5</sup> Alain Rey, *op. cit.*, s.v.

<sup>6</sup> Michel Zink, “Littérature(s)”, en Jacques Le Goff, *Dictionnaire raisonné de l’Occident médiéval*, Paris: Fayard, 1999, págs. 611-624.

<sup>7</sup> La cita completa es: “Sit ergo nobis orator quem constituimus is qui a M. Catone finitur vir bonus dicendi peritus”. (Por lo tanto, dejad que el orador sea para nosotros lo mismo que fue para Marcus Cato: un hombre bueno y honesto, hábil para comunicar.)

¿Ya había una diferenciación terminológica en la Europa occidental de la Edad Media?

Según las palabras de Mariateresa Fumagalli, “un hombre nacido entre el año mil y el milcuatrocientos habría entendido los términos mujer (MULIER), caballero (MILES), ciudadano (URBANUS), mercader (MERCATOR), pobre (PAUPER): no habría entendido, en cambio, la palabra “intelectual” (INTELLECTUALIS) atribuida al hombre”<sup>8</sup>, como adjetivo sustantivado y aplicado a una categoría de individuos. Sin embargo, como señaló Jacques Le Goff<sup>9</sup>, el sustantivo *intelectual* se ajusta con exactitud a un grupo de hombres medievales, los maestros de escuelas y universidades, que en algún momento de su historia fueron particularmente conscientes de su identidad como grupo – hecho que se manifiesta plenamente en Petrarca.

Durante el período que nos interesa, se hablaba de “conocimiento intelectual”, en contraposición con el “conocimiento sensible”. Se hablaba de “sustancia intelectual”, o sea el alma, el espíritu, en contraposición con la “sustancia material”. Los aristotélicos también hablaban de “virtud intelectual”, distinta de la “virtud moral”, y también del “placer intelectual”, bien distinto del “placer sensual” y reservado a una élite. Hay que esperar el fin del siglo XIX para que venga a utilizarse el término *intelectual* no ya como adjetivo sino como sustantivo, y como sustantivo que se aplique a una categoría de personas: estamos en Francia, con el *Manifeste des intellectuels* publicado por un grupo de escritores que querían expresar su solidaridad con Émile Zola en el caso Dreyfus<sup>10</sup>.

Pero volvamos a nuestro asunto. Para caracterizar a los que ejercían un trabajo de tipo intelectual, o sea que trabajaban no “con sus manos”, sino “con la palabra y con la cabeza”, no había unos términos unívocos y, por tanto, claramente significativos.

1. Unas de las palabras que nos vienen enseguida a la mente son los términos *clérigo* y *clerecía* para designar al individuo y a la actividad que lleva a cabo.

El *clérigo*, como se ha señalado en reiteradas ocasiones, ha sufrido un verdadero proceso de laicización de su figura. Al principio, el CLERICUS era un miembro de la Iglesia que sólo había recibido las órdenes menores. Su función

---

<sup>8</sup> Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri, “L’intellettuale”, en Jacques Le Goff (a cura di), *L'uomo medievale*, Bari: Laterza, 1993 (1987), págs. 201-233.

<sup>9</sup> Jacques Le Goff, *Les intellectuels au Moyen Âge*, Paris: Éditions du Seuil, avril 1957, février 1985 et mars 2000 pour la bibliographie (1<sup>re</sup> éd. 1957).

<sup>10</sup> Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri, *op. cit.*

primera sería el servicio, lo que implicaba, entre otras cosas, la enseñanza a los fieles, al pueblo de Dios.

La extensión del término CLERICUS para designar al que es ‘sabio’, al ‘hombre de letras’ o ‘letrado’, no tarda mucho en aparecer (finales s. XI, principios s. XII), y “se explica porque en la alta Edad Media la gente de letras eran comúnmente miembros del clero”<sup>11</sup>.

Todos recordamos la famosa estrofa segunda del *Libro de Alexandre*:

Mester traigo hermoso, no es de juglaría;  
mester es sin pecado, ca es de clerecía,  
hablar curso rimado por la cuaderna vía  
a sílabas contadas, ca es gran maestría.

La expresión “ministerio / menester / mester de clerezía” obtuvo, es bien sabido, gran fortuna. En cualquiera de sus significaciones, está claro que para que *mester* pudiese resultar propio de los clérigos, era necesario que resultara común a todos ellos, fundamentalmente gracias al contenido de ese *mester* y a la manera de aprenderlo. Escribe Francisco López Estrada: “La formación de la clerecía había estado a cargo de las escuelas de iglesias y monasterios, y dedicada a la preparación del servicio de la Iglesia: teología, conocimiento de la Biblia y educación del pueblo de Dios. [...] en el curso del siglo XI algunas de estas escuelas enriquecieron sus enseñanzas y, formando entidad por sí mismas, se convirtieron en focos de saber al que acudían estudiantes de muchos lugares”<sup>12</sup>.

El clérigo, así, resulta ser un hombre de Escuela. Entre el siglo XII y el XIII pasa de la escuela catedralicia en decadencia y de la escuela urbana carente de privilegios a las universidades. Pasa del ámbito eclesiástico a un ambiente laico. La universidad es una corporación y el universitario es un profesional que, habiendo eliminado el obstáculo ideológico de la ciencia gratuita como don de Dios, se hace remunerar por sus estudiantes, por la ciudad o por la Iglesia;

<sup>11</sup> Joan Corominas & José A. Pascual, *op. cit.*, s. v.

<sup>12</sup> Francisco López Estrada, cap. II “Bajo el signo de la religión: la literatura clerical”, Parte segunda por F. López Estrada “Lenguas y literaturas”, en F. López Estrada (coord.), *La cultura del románico, siglos XI al XIII: letras, religiosidad, artes, ciencia y vida*, Madrid: Espasa Calpe, 1995, págs. 130-139. Véase también Francisco López Estrada, *Introducción a la literatura medieval española*, 4a ed. renovada [2a reimpr.], Madrid: Gredos, 1979.

Véase también A. Varvaro, *Literatura románica de la Edad Media*, Barcelona: Ariel, 1983, especialmente págs. 72 y ss.

disfruta de los privilegios de su pertenencia al clero sin tener las obligaciones correspondientes, siempre que no vaya más allá de las órdenes menores<sup>13</sup>.

Ya en el siglo XIII podía llamarse *clérigo* a un ‘hombre letrado y de estudios escolásticos, aunque no tuviese orden alguna’; y la ‘sabiduría / literatura’ podía denominarse *clerecía*<sup>14</sup>.

En el *Libro de Alexandre*, en el capítulo dedicado a la formación del joven protagonista, Alejandro llama “clerecía” a la educación que le dieron y al saber que acumuló gracias al aprendizaje de las artes liberales<sup>15</sup>, de las que encontramos una clasificación – aunque rudimentaria. Las artes liberales se convirtieron a partir del siglo XII en el proceso de estudios de las recién fundadas universidades, en las llamadas facultades de artes (FACULTATES ARTIUM), y servían de preparación para las disciplinas de las facultades superiores, especialmente leyes y teología. Una de las únicas menciones hechas a las artes liberales en el *Barlaam y Josaphat* es la siguiente<sup>16</sup>:

<El rey Avenir> Fizo luego llamar a un rrico omne que avya nonbre Archis, que era el mayoral de todo el su rreyno e era el [157v] mayor consejero que el avya, e era muy letrado, e sabia las siete artes. *B&J* (P), 3433-3436.

En esta muy interesante cita aparece la figura del intelectual, del “letrado”, como consejero de los reyes. Se justifica su estatus por el hecho de que ha estudiado y aprendido “las siete artes” del TRIVIUM y del QUADRIVIUM, estudio que le confirió la sabiduría, lo que lo acerca al rey Apolonio, “clérigo entendido”<sup>17</sup>. Pero volvamos a nuestro “ricoomne Archis”, *vir litteratus ac doctus, peritus litteraris*.

<sup>13</sup> Jacques Le Goff, “L’uomo medievale”, en Jacques Le Goff (a cura di), *L’uomo medievale*, Bari: Laterza, 1993 (1987), págs. 1-38.

<sup>14</sup> Martín Alonso, *op. cit.*, s.v.

<sup>15</sup> Las artes liberales se dividen en *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y en *quadrivium* (aritmética, música, geometría y astronomía) – según en el orden definitivo establecido por Casiodoro. Sus orígenes remontan a la Antigüedad griega, aunque la Edad Media las recibe de Marciano Capella y, en el caso concreto de la Península Ibérica, de Isidoro de Sevilla (Cf. Helmut C. Jacobs, *Divisiones philosophiae. Clasificaciones españolas de las artes y las ciencias en la Edad Media y el Siglo de Oro*, Madrid: Iberoamericana, 2002).

<sup>16</sup> En otra ocasión más se alude a las siete artes y se aduce a los sabios etíopes y persas como los máximos conocedores de los secretos del conocimiento: *E <el infante> aprendio alli <en el palacio> tanto de las siete artes en todo el saber de los etiopianos e de los de Persia, e como era muy fermoso asy rresplendescia en buenas costunbres e con muchas buenas virtudes, ca era muy sabio e conplido de todos los bienes*. *B&J* (P), 627.

<sup>17</sup> Manuel Alvar, “Apolonio, clérigo entendido”, *Voces y silencios de la literatura medieval*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2003, págs. 89-102.

En el siglo XIII, Giacomo da Viterbo, en Italia, escribía: “impropriamente a volte qualsiasi letterato viene chiamato chierico, per il fatto che i chierici devono essere letterati”. La ambigüedad en los términos no desaparece y CLERICUS podía significar tanto un estado como otro, tanto el clérigo de la Iglesia como el ‘hombre de saber’ laico o casi; así es también en la obra de Dante, ejemplar por varias razones<sup>18</sup>.

¿Qué pasa en el *Barlaam y Josaphat*? La palabra *clérigo* es empleada sólo dos veces; pero en ambos casos viene calificada por el complemento “de misa”. El hecho de que aparezca esta precisión es significativo: muestra la necesidad de no confundir el “clérigo de misa”, o sea el intelectual de la Iglesia, con otro tipo de *clérigo*, de hombre sabio, que no pertenezca al ámbito eclesiástico.

Se documenta igualmente la ampliación del significado de la palabra *clérigo* en el *Tesoro* de Brunetto Latini (1220-1294), uno de los libros más difundidos en Occidente a través de las traducciones<sup>19</sup>. El término *clérigo* se refiere tanto al clérigo de la Iglesia como al sabio. En *Li Livres dou Trésor* leemos:

Et despues que estas tres demandas fueron tratadas & muy a menudo & de luengamente contadas entre los otros sabios clerigos & entre los filosofos, fallaron en filosofia su madre.<sup>20</sup>

Aquí el uso de *clérigo* como equivalente de ‘hombre sabio’ es evidente: el sustantivo “clercs” viene calificado por el adjetivo “sages” y hace referencia a unas cuestiones largamente debatidas por estos hombres caracterizados por su sabiduría. Otro punto importante planteado por esta cita: la relación entre clerecía y filosofía, o entre el clérigo y el filósofo, ambos protagonistas de estas doctas disquisiciones.

2. El término de *filósofo* ha sufrido, desde la Antigüedad hasta nuestros días, un largo proceso de deslizamientos semánticos.

*Filósofo* y las palabras de su familia tienen un origen griego. Es muy interesante ver que, después de la amplia utilización que se hizo de estos términos en la Antigüedad clásica, con el sentido que conocemos, cambian bastante de significado a lo largo de los siglos. Volvemos a encontrarlas en el latín tardío: PHILOSOPHUS es el maestrescuela o el arcipreste (es decir, el

<sup>18</sup> Umberto Bosco, *op. cit.*, s. v.

<sup>19</sup> Francisco López Estrada, *op. cit.*

Véase Carlos Alvar, *Traducciones y traductores. Materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media*, Alcalá de Henares, 2009, excursu IV.

<sup>20</sup> Brunetto Latini, *Libro del tesoro. Versión castellana de Li Livres dou Tresor*, Edición y estudio de S. Baldwin, Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989, pág. 12b.

eclesiástico que dirigía la escuela vinculada a la catedral o el eclesiástico inspector de las iglesias de la diócesis), PHILOSOPHIA es la vida monacal y PHILOSOPHARE es vivir monásticamente<sup>21</sup>. Nos encontramos, pues, en pleno ámbito conventual.

Hacia 1220, *filosofia* se aplica a cierto tipo de sabiduría, una sabiduría profunda que consiste en el amor de la verdad y en la práctica de la virtud<sup>22</sup>, y *filósofo* se aplica a los que cultivan la ciencia y la sabiduría moral. Ha desaparecido el carácter religioso, monacal, del término para dejar paso a una sabiduría más laica, que hunde sus raíces en el saber de los antiguos, tal como éste llegó a los hombres del siglo XIII. La palabra evidentemente ha pasado a formar parte del lenguaje de las escuelas urbanas y a “designa[r] un conjunto de disciplinas escolares que agrupan todas las ciencias teóricas y prácticas (lógica, moral, física, metafísica) y cuyo estudio sucede al de las siete artes liberales”<sup>23</sup>. En efecto, como ya hemos dicho, se han desplazado entre tanto los centros del saber, desde las escuelas monásticas hasta las escuelas catedralicias y desde las escuelas catedralicias hasta las escuelas urbanas y las universidades, con la consiguiente laicización. En estos cambios el papel de las ciudades ha sido fundamental<sup>24</sup>. Sólo en ellas pudo desarrollarse este tipo de intelectual, de sabio. Así pues, *filósofo* designa sobre todo a los antiguos, cuyos escritos son la fuente de todo saber filosófico, y de forma más general, a los grandes hombres de la Antigüedad, que sirven de modelo de pensamiento, es decir, a los AUCTORES. De hecho, pocos fueron los intelectuales de la Edad Media que se autodenominaron *filósofos*, o que fueron llamados así por sus contemporáneos<sup>25</sup>. En tiempos de Dante, la *filosofia* era, precisamente, todo el ámbito del saber comprendido en la obras de Aristóteles, el Filósofo por antonomasia<sup>26</sup>. En los últimos siglos de la Edad Media, la laicización del término es completa: la palabra ha adquirido el significado de ‘saber profano’ frente a la teología<sup>27</sup>.

<sup>21</sup> Jan Frederik Niermeyer, *op. cit.*, s. v.

<sup>22</sup> Alain Rey, *op. cit.*, s. v.

<sup>23</sup> Alain Rey (dir.), *Dictionnaire historique de la langue française*, Paris: Dictionnaires Le Robert, 1998, 3 tomos.

De ahí la clasificación de la ciencias recibe el nombre de *divisiones philosophiae*.

<sup>24</sup> Pierre Riché, *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Âge. Fin du Ve siècle – milieu du XIe siècle*, troisième édition revue et mise à jour, Paris: Picard Éditeur, 1999, 472 págs.

<sup>25</sup> Cf. Sigerio de Brabante, los averroístas y la primera condena del averroísmo por el Obispo de París, Esteban Tempier, en 1270. También Abelardo utilizó este término para sí mismo; en su última obra, el *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*, intenta encontrar un acuerdo entre la figura del filósofo y la del cristiano.

<sup>26</sup> Umberto Bosco, *op. cit.*, s. v.

<sup>27</sup> *Ibid.*

Algo así parece ocurrir ya en el *Barlaam y Josafat*. La acción transcurre en un reino de la India. El padre de Josafat, el rey Avenir, persigue con gran insistencia y crueldad a los cristianos, hasta el punto de que prácticamente no queda ni uno en sus tierras. La razón de este comportamiento extremo radica en las revelaciones que los astrólogos le hicieron cuando nació su hijo: Josafat se convertiría al cristianismo y reinaría no en éste sino en el otro mundo, lo que despertó la ira del rey contra todo lo que tuviera que ver con esta religión. La acción central del libro estriba en una disputa que opone a cristianos y paganos: por una parte, Josafat, hijo del rey, y Nator, un viejo impostor que dice ser el ermitaño Barlaam, maestro del infante, y, por otra parte, los sabios que están de parte del rey Avenir y que defienden las antiguas creencias frente al cristianismo. Pues bien, en esta ocasión se menciona varias veces a los que el texto llama “filósofos”.

¿Qué tipo de conocimientos tiene el *filósofo* en el *Barlaam y Josafat* y determina, pues, que sea denominado así? Podemos acercarnos a una primera respuesta al oír las palabras que Nator dirige al rey:

“E, señor rrey, non puedo quedar de me maravillar de aquellos que eran philosophos commo non conosçieron que los elementos eran cosas corronpederas e que se muevan por fuerça de otre; <...>.” *B&J* (P), 4222-4225

Hay que esperar de los *filósofos*, pues, que tengan conocimientos acerca de las ciencias naturales, del funcionamiento del universo y de las fuerzas que se mueven en él. Podría establecerse un paralelo entre este conocimiento y lo que Alfonso X llama “la ciencia de la naturaleza”. En el *Setenario* ya, el rey Sabio había propuesto una nueva clasificación de las ciencias, que retoma, aproximadamente dos décadas después, en un capítulo de su *General estoria*; “parece evidente que el rey Alfonso no considera suficiente la concepción tradicional de las artes liberales, pues en estas dos clasificaciones no duda en ampliar las siete disciplinas con otras ciencias”<sup>28</sup>, entre las cuales, como decíamos, se encuentra “la ciencia de la naturaleza”. Conocimiento de los elementos y estudio de su funcionamiento y de sus interacciones con el resto del universo; el texto del *Barlaam y Josafat* cita a continuación el cielo, las estrellas, las cuatro estaciones.

Este tipo de conocimientos relacionados en el *Barlaam y Josafat* con los filósofos evoca la cuarta ciencia del QUADRIVIUM: la astronomía, entonces todavía íntimamente vinculada con lo que ahora denominamos astrología; o sea, no sólo el estudio del cosmos y de los cursos de las estrellas, sino también la interpretación que de ellos se hace con el propósito de determinar la influencia

---

<sup>28</sup> Helmut C. Jacobs, *op. cit.*, pág. 25.

de los astros en el destino de los hombres. De hecho, el texto mismo asimila los filósofos a los astrólogos:

Avya un rrey – dixo Theodas – que non podia aver fijo varon; <...>. E avynole asy que le nascio un fijo, e fue por ende muy alegre. Mas dixieronle los astrologos e los philosophos, si aquel niño vyese sol e fuego ante de diez años, que perderia la vista de los ojos e çegaria, ca en la su nasçencia lo veyen. *B&J (P)*, 4829-4835

La secuencia binaria “los astrólogos y los filósofos” sigue un tipo de construcción muy común en los textos medievales que indica cierta equivalencia en los términos así coordinados. Encontramos también:

e <los sacerdotes del rey a Theodas, astrólogo> contaronle por orden el fecho del rrey <...>; e Nator el astrólogo commo disputara con los philosophos delante todo el pueblo, e fincaron vençidos e desonrrados todos los maestros. *B&J (P)*, 4718-4722

Nator, el viejo que se hace pasar por Barlaam y que finge que defiende la doctrina cristiana para mejor terminar por perder la disputa que describíamos antes, es llamado *astrólogo* y debate con los demás hombres sabios allí presentes; parece, pues, que los astrólogos son un tipo de filósofos, a menos que ambos términos se consideren directamente sinónimos. Otra característica de los filósofos que se deduce de estas líneas es la capacidad para la enseñanza: por eso son llamados “maestros”, denominación que engloba tanto a filósofos como a astrólogos.

Es obvio que para que el filósofo pueda transmitir sus conocimientos, debe haberse esforzado primero en acumular un gran saber, cosa que lo define en el *Calila y Dimna*<sup>29</sup>:

Los filósofos entendidos de cualquier ley e de cualquier lengua siempre pugnaron e se trabajaron de buscar el saber, e de representar e ordenar la filosofía; et eran tenudos de facer esto<sup>30</sup>. [frase con la que empieza la introducción de Ibn Al-Muqaffa’]

La expresión “buscar el saber” remite a la concepción que se tenía de él en la Edad Media, aspecto sobre el que José Antonio Maravall escribió unas líneas muy interesantes<sup>31</sup>. Se entendía el saber como un sistema completo y acabado

<sup>29</sup> Pero no sólo en el *Calila*, sino también, por dar otro ejemplo, en el *Libro de los buenos proverbios*: “Los filósofos son los sabios sesudos y entendidos y de ellos se aprenden toda la buena sapiencia y todo buen seso” (Cf. Ramón Menéndez Pidal, “Libro de los buenos proverbios”, en *Crestomatía del español medieval*, T. 1, con la colaboración del Centro de Estudios Históricos. Acabada y revisada por Rafael Lapesa y María Soledad de Andrés, Madrid: Gredos-Seminario Menéndez Pidal, 1971).

<sup>30</sup> María Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Bleuca (ed.), *Calila e Dimna*, Madrid: Castalia, 1984.

<sup>31</sup> José Antonio Maravall, *Estudios de historia del pensamiento español*, serie primera: Edad Media, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, 3.ª ed. ampliada:

que no planteaba, pues, problemas de investigación, dado que no se le podía añadir nada, sino problemas de localización primero, luego de transmisión y, por fin, de aplicación práctica<sup>32</sup>, cosa que hace, por otra parte, Alejandro con las enseñanzas de Aristóteles, como discípulo perfecto del gran maestro.

Para el hombre medieval, el saber se localizaba en los grandes filósofos. Escribe María Jesús Lacarra: “la noción de saber se basaba en la referencia a unos antiguos en quienes la sabiduría tuvo un desarrollo incomparable; ello explica el auge de la literatura ejemplar y de la literatura proverbial. Hasta tal punto estaba arraigada esta idea que ningún avance es seguro si no está garantizado por un precedente en el pasado. Y qué mejor que el pasado clásico para la difusión de la sabiduría”<sup>33</sup>.

Ya hemos visto justamente cómo, en el *Barlaam y Josafat*, el “filósofo” posee unos conocimientos de carácter más profano que cristiano. En esta obra, junto al filósofo, aparece, a veces, el *sabio*:

Pues, estando ally todos ayuntados, dixo el rrey a los sabios e a los filósofos que eran todos en su parte: [...]. *B&J* (P), 4106-4107

La cita sugiere que los términos son equivalentes o sinónimos; para precisar un poco más será necesario delimitar los valores semánticos del sustantivo *sabio*.

3. El hombre sabio deja manifiesta su sabiduría no sólo a través de sus palabras, sino también a través de sus acciones:

E fue con el Nator, e el infante llamolo a parte. Dixole: — [...]; mas las tus palabras e la tu obra lleña fue de sabidoria [...], que se non podría dezir. [...] *B&J* (P), 4541-4542

Así pues, todo el saber se reúne en las siete artes liberales y las supera, pues incluye también buenas costumbres y buenas virtudes. Sin embargo, ésta es sólo una parte de un conjunto semántico más amplio.

— “La concepción del saber en una sociedad tradicional”, págs. 201-254.

— “La ‘cortesía’ como saber en la Edad Media”, págs. 255-267.

— “La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española”, págs. 269-329.

— “Los ‘hombres de saber’ o letrados y la formación de su conciencia estamental”, págs. 331-362.

<sup>32</sup> María Jesús Lacarra, “La imagen de los filósofos en los textos gnómicos del siglo XIII”, en *Actas del I Congreso Nacional de Filosofía Medieval*, Zaragoza: Ibercaja, 1992, págs. 45-63. Véase también Rafael Ramón Guerrero, “Visión de los filósofos en la primitiva literatura castellana”, *Conferencias y discursos*, Real Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 2008, págs. 9-31.

<sup>33</sup> *Ibid.*

El sabio “entiende y es entendido”, es decir, es capaz de entender y de transmitir el conocimiento:

Rrespondio [181v] Theodas [e] dixo <al rey>: — Non quieras temer nin cures de los cometimientos nin de las vanas palabras de los galileos, ca non pueden ellos aver ninguna cosa que digan contra los nuestros dioses delante los omnes sabios que entienden e [son] entendidos; [...]. *B&J* (P), 4753-4757

¿Cómo comunica el sabio este conocimiento? A través de buenos consejos (cita *a*), con ejemplos que, por analogía (cita *b*), predicen el futuro (cita *c*):

a. E deziale muy a menudo <a su maestro preferido> si sabia algund omne sabio que le diese consejo de aquella cosa que el demandava e que le posiese en paz el su coraçon; [...]. *B&J* (P), 813-815

b. Rrespondio Barlan <a Josafat>: — [...]. E contarte he un enxienplo que dixo una vegada un omne muy sabio. E oye en qual manera. *B&J* (P), 1706-1708

c. Pues, infante — dixo Barlan —, [...]. Mas aquel sabyo rrey eres tu, e el buen consejero so yo, que te mostre todas las cosas que son aun por venir, buenas e verdaderas, e en que biviras para sienpre; [...]. *B&J* (P), 2312-2314

Estos ejemplos y consejos están, además, bien contruidos, como exigen las leyes de la retórica, y el sabio posee una gran capacidad dialéctica, según señalaban las controversias y las DISPUTACIONES escolares:

Quando el infante Josapha oyo esto, dixo contra Berlan: — Ay viejo bueno, muy mas sabio que todos los otros omnes, buen galardón ayas tu de Dios por que alegraste la mi alma con las tus palabras tan bien ordenadas. [...]. *B&J* (P), 2249-2252

Pero hay más: el *sabio* aplica todos sus conocimientos al fin más elevado: la religión y el acercamiento a Dios:

E fue con el Nator, e el infante llamolo a parte. Dixole: — [...]; mas las tus palabras e la tu obra lleña fue de sabidoria e de tanto entendimiento sancto, que se non podria dezir. [...]. *B&J* (P), 4541-4542

Aquí debemos entender la expresión “entendimiento sancto” como equivalente a ‘teología’. A continuación, otro pasaje interesante:

E el rrey Avenir [...] fuele moviendo su rrazon muy mansamiente deziendole <a Josafat>: — [...]. Mas sy tu desprecias a mi por nesçio, [...] que yo despendy asaz de tienpo por saber demandar estas cosas, e fize venir muchos omnes sabios a este consejo e aun muchos cristianos; e les pregunte muy sabiamiente e rreprendia la su locura por que los veyá que andavan arredrados de la carrera de la verdat; que avya yo fablado con los omnes sabios, e entendidos e ellos mismos otorgaron que non avya y otra verdat sinon aquella por que nos servimos a los grandes dioses [...]. *B&J* (P), 3928-3938

En las palabras del rey Avenir, los “hombres sabios” se oponen a los cristianos. Su enseñanza tiene que ver con la “verdad” – término sobre el que se insiste –, que no es sino la verdad teológica. La misma idea se desprende de este otro pasaje del *Barlaam y Josafat*, ya citado anteriormente:

Rrespondio [181v] Theodas [e] dixo <al rey>: — Non quieras temer nin cures de los cometimientos nin de las vanas palabras de los galileos, ca non pueden ellos aver ninguna cosa que digan contra los nuestros dioses delante los omnes sabios que entienden e [son] entendidos; [...]. *B&J* (P), 4753-4757

No olvidemos que las artes liberales servían, como dijimos, de propedéutica para el aprendizaje de lo que se consideraba como la ciencia más elevada, superior a cualquiera, la teología.

Dixo Nator al rrey: — [...]. Pues esta es la carrera de la verdat que te yo he mostrado fasta aqui; e a los tus locos sabios mandalos callar, que non tienen rrespuesta verdadera que puedan tomar; [...]. *B&J* (P), 4478-4480

En definitiva, el *sabio* SENSU STRICTU es el teólogo. Y así, lo que en principio parece un oxímoron, los “locos sabios” del pasaje que acabamos de ver, se nos descubre como una expresión de claro contenido: es el dictamen final de la larga controversia religiosa que encontramos en el *Barlaam y Josafat*: los “locos sabios” no son otra cosa que los teólogos de otras religiones. El cristianismo ha triunfado.

